

FAT CITY

Leonard Gardner

Traducción de Rubén Martín Giráldez

UNDERWOOD

Título original: *Fat city*
© Leonard Gardner, 1969

Novela publicada originalmente por Farrar, Straus and Giroux (1969)
Primera edición en UNDERWOOD: noviembre de 2016

© de la traducción: Rubén Martín Giráldez, 2016
© de esta edición: Y POR QUÉ NO UNDERWOOD, S. L., 2016
underwood.es
editorial@underwood.es

Fotografía de cubierta: Anoche, Joe Bugner mantuvo su título europeo de campeón de pesos pesados (17/01/1973). Keystone Pictures USA | Alamy Stock Photo

Dirección editorial: Fernando Peña Merino
Diseño: Raúl Lázaro | escueladecebras.com
Corrección y revisión: Fernando Peña Merino, Ce Santiago y Rafael Lidó

ISBN: 978-84-945799-0-5
Depósito legal: M-34013-2016
Impresión: Solana e hijos Artes Gráficas, s. A. U.

Impreso en España — Printed in Spain

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin el permiso previo del editor.

Vivía en el Hotel Coma, que tal vez tomaba el nombre de algún fundador de la ciudad —un explorador de California o un pionero— o de algún inmigrante italiano fallecido mucho tiempo atrás que no fundó más que el hotel. Con independencia de a quién conmemorase, el hotel era un monumento mediocre, y Billy Tully no tenía intención de quedarse allí. Seguía guardando la ropa limpia en la maleta que tenía sobre la cómoda, lista para abandonar aquel alojamiento por otro mejor a las primeras de cambio. A lo largo del año y medio transcurrido desde que le dejó su mujer había vivido en cinco hoteles. Observó desde la ventana el raquítico horizonte de Stockton —una ciudad de ochenta mil habitantes rodeada por pantanos, riachuelos y los terrenos cultivados del delta del río San Joaquín—, una vista de edificios de oficinas, chapiteles, chimeneas, torres de agua, tanques de gas y tejados bajos de residencias que se alzaban entre árboles sin hojas en medio de calles completamente planas. Desde su ventana veía hombres entrar y salir de bares y licorerías, cafés, tiendas de segunda mano y hoteles sin ascensor. Unas palomas del color mismo de las calles picoteaban en las canaletas, volaban entre edificios, iban de cornisa en cornisa y arrullaban en el alféi-

zar de Tully. Su habitación era alta y estrecha. Marcas de cabezas grasientas oscurecían el papel pintado entre los barrotes del cabecero de la cama. La persiana estaba hecha trizas, la bombilla apenas daba luz y los vecinos parecían sufrir todos alguna afección pulmonar.

Billy Tully se ocupaba de la freidora en un comedor de Main Street. Su cara era de un rosa juvenil, pero tenía arrugas alrededor de la boca. La nariz aplastada por el centro. Sobre las cejas se le acumulaban cicatrices finísimas unas encima de otras. Tenía un pelo abundante, rojizo, muy corto por arriba y los lados peinados hacia atrás. Era de baja estatura, torso poderoso, compacto, ni pesado ni delgado ni muy musculoso; de huesos robustos y carne de sobra. Lo que le hacía parecer corpulento cuando iba vestido era el grosor del cuello. Resultado de años de ejercicio, de levantar pesas de cinco y diez kilos con un arnés colocado en la cabeza; lo había desarrollado con un único propósito: amortiguar el impacto de los golpes.

No participaba en ningún combate desde que su mujer le dejó, pero la noche anterior le había pegado a un hombre en el Ofis Inn. Ya no se acordaba de qué iba la discusión, y apenas le dio importancia. Pero sí le interesaba lo que había descubierto acerca de sí mismo. Había tumbado a aquel tío de un puñetazo. Ahora estaba convencido de que había abandonado su carrera demasiado pronto. Sólo tenía veintinueve años.

Tras bajar por unas escaleras de peldaños antideslizantes donde casi todas las noches se caía alguien, se

dirigió a la YMCA¹ para ponerse a prueba con los sacos. Estimulado por un sentimiento de renovación después de una mañana de resaca, anduvo a paso ligero por las calles frías.

Tully se quitó la ropa en un vestuario subterráneo, con el alboroto de la piscina de fondo. Tenía cuatro tatuajes, obtenidos en el ejército y que ahora le resultaban tremendamente desagradables: una golondrina en pleno vuelo sobre cada pezón, una serpiente verde enroscada en la muñeca izquierda y en la cara interior del antebrazo derecho una daga atravesando una rosa. En calzones cortos azul claro, camiseta gris y zapatillas de cuero recorrió silencioso el pasillo hacia el fragor de un saco golpeado con furia. Al desembocar en la sala, un chico alto, delgado y sudoroso le echó una ojeada, descargó un último puñetazo y se sentó en un banco entre un desorden de pesas sobre el agrietado suelo de cemento. No había nadie más. Tully sacudió los brazos, hizo rotaciones de cuello, se acuclilló y dio un respingo al notar un chasquido en la rodilla, sin pasar por alto en ningún momento la inmovilidad del muchacho que, tras su violenta actividad con el saco, estaba sentado en el banco, quieto y con la mirada fija en la pared. Era la actitud de alguien que no desea llamar la atención, y por eso, perversamente, Tully le propuso boxear, aunque él mismo hubiese ido allí sólo a darle unos golpes al saco.

El muchacho se puso en pie, rápido y sombrío.

—¿Eres profesional?

1 La ubicua y antañona asociación con sede en Ginebra, que actúa aún hoy a modo de moderna ONG, influida desde su fundación en 1844 por las ideas de la “cristianidad muscular” que postulan caridad y una actitud saludable y deportiva en lo tocante al cuidado del cuerpo. (Esta nota y las siguientes son del traductor.)

Tully se dio cuenta de que le miraba las cejas.

—Lo fui. Ahora estoy en baja forma. Vamos a darle un rato, sin más, y así te enseñe un par de cosas, ¿te parece? No te pego fuerte.

Con gesto taciturno, el chico se apartó para comprarse los guantes. Tully siguió con el calentamiento y respiraba con dificultad cuando el otro volvió. Subieron al ring. Cuando se adelantó para tocar guantes, el chico reculó con cautela. Sonriendo indulgentemente, Tully se lanzó a por él. Después de eso, no sintió más que desesperación por la velocidad a la que sucedía todo: los golpes en la nariz, puñetazos en la boca y en los ojos, el cuerpo larguirucho esquivándole, saltando pasmosamente por el ring mientras Tully, encogiéndose y cubriéndose, intentaba prepararse para contraatacar. Arremetió con saña repentina, balanceándose como un luchador callejero, y se torció una pierna. Comenzó a dar saltitos por el ring siseando de dolor.

Así terminó la cosa. Agachado, masajeándose el tirón del músculo de la pantorrilla, el rostro contraído, Tully le preguntó entre dientes:

—¿Cómo te llamas, por cierto?

El muchacho no se movió de la otra punta del ring.

—Ernie Munger.

—¿Cuántos combates llevas?

—Ninguno.

—Te estás quedando conmigo. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Tully dio un paso con recelo.

—Pues chaval, tú vales. Yo boxeé contra Fermín Soto, así que sé de lo que hablo. Vamos, que a mí no me tocaba

ni Dios. No me pillaban. Cuando soltaban el golpe yo ya estaba en otro sitio. Tendrías que dedicarte al boxeo.

—No sé. Sólo vengo a echar un rato, a hacer un poco de ejercicio.

—No desperdicies tus mejores años. Deberías ir al Lido Gym y preguntar por mi entrenador.

En las duchas, Tully se alegró de no haber ido al Lido Gym. A su lado, el agua se derramaba sobre la cabeza de Ernie Munger. El muchacho tenía unas espaldas amplias, el pecho plano y lampiño, la cintura estrecha, los brazos y las piernas largos y delgados, y mirándole a la cara, bien formada e imberbe, la frente ancha y despejada, la nariz prominente, Tully lamentó no haber tenido la oportunidad de alcanzarla de lleno. En el vestuario, con una toalla alrededor de la cintura, Tully sacó un botellín de Thunderbird de su bolsa de deporte y, consciente de lo impropio de aquel gesto en la YMCA, echó un trago a escondidas de Ernie tras la puerta metálica de su taquilla. En el techo giraba un ventilador sin nada que hacer contra el tufo a sudor, jabón y ropa de deporte enmohecida.

Tully renqueó escaleras arriba y emprendió el camino de vuelta al hotel maldiciendo su pierna entre susurros. El sol se ponía después de un día gris, tiñendo de malva la base aplastada de las nubes más allá del astillero desierto donde dos enormes grúas se inclinaban contra el cielo. Papeles y hojas revoloteaban por las cunetas. Los botes se mecían entre las casetas flotantes del puerto náutico. Al fondo del canal un carguero solitario estaba amarrado junto a un silo, a cincuenta millas del mar.